

## Una manera de andar



Sólo una vez le he visto conducir. Era un automóvil de tres puertas, algo desvencijado ya, que guardaba en un garage de larga estancia, mientras él vivía en Alburquerque. Durante algún tiempo, su amigo Pedro Ávila, nuestro amigo, cantante, carpintero, sastre, cocinero, no sólo cuidó que ese coche estuviera a punto, esperando las manos del poeta que lo iba a manejar, sino que preparó la casa para que fuera el sitio de Ángel González cada vez que volviera de Norteamérica. La casa es un primer piso muy amplio, en la plaza de san Juan de la Cruz, enfrente del ministerio donde el poeta fue funcionario y donde estuvo hasta fecha reciente la estatua del infausto dictador a caballo. Pedro la visitaba cada semana, recogía el correo, la abría al aire de la calle, y a veces dialogaba con las cucarachas veraniegas que también aguardaban al poeta, que alguna vez, en alguno de sus poemas, conversa con ellas como si fueran vecinas a las que ya conoce. Esa presencia de Pedro Ávila en la casa y en la vida de Ángel es una metáfora de la vida del poeta: si algo central hay en la vida de este hombre ensimismado y a veces risueño, cantante de madrugada, paseante vespertino y silencioso de las aceras domésticas de la ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida, es el sentimiento de la amistad; cuando volvía a la ciudad de Madrid, se dijo mucho tiempo, y se vuelve a decir cada vez que regresa, los bares y las tertulias, y las librerías y los escritores, paraban un rato para prepararse al nuevo ritmo que iba a imponer el poeta en la ciudad. Y Pedro Ávila, que con él hizo excursiones cantadas, viajes interiores y exteriores, americanos y españoles, configuró durante mucho tiempo, hasta que viajó él mismo a Estados Unidos, lo mejor de la amistad que rodea a Ángel González. Había a su alrededor, y la hay, muchísima gente, desde Chus Visor, el editor, hasta el cantante Joaquín Sabina, y un tiempo muy largo, en el centro mismo de su vida, estuvo también un amigo muy del alma, Juan García Hortelano, que fue compañero suyo también en aquel ministerio. Recuerdo que poco después de morir Juan, cuando también falleció el otro Juan, Benet, Ángel nos dijo a algunos amigos: "Se me adelgaza el futuro". Y un día comprobó con la calidad ensimismada de su tristeza que su propia agenda se iba llenando de dramáticas tachaduras. Así que si hay algo que lo haga ejemplar, aparte de su poesía, su mirada, su estancia en la vida, en la que pisa con la calidad de un poeta esencial, amoroso e irónico, social e íntimo a la vez, es ese amor por la amistad, por tener cerca de la mano que abraza a los que él considera la esencia de su alma. ¿Y a qué viene el coche, qué he querido decir trayendo aquí ese instrumento a cuyo frente sólo lo he visto una vez? Que sólo conduce en América, para cubrir las grandes distancias que hay allí, porque aquí, cuando viene, es un hombre de aceras y de bares, y para acudir a ellos practica la andadura, como don Quijote y como los amigos lentos de siempre, aquellos que quieren el aire y el hombro para conducirse, cerca de la gente, oyéndoles, queriéndoles, esperándoles. Anda para querer más, anda para estar más. En uno de sus poemas, el autorretrato, habla de lo que hubo de suceder para que llegara a llamarse Ángel González. Además de eso, de la tragedia de la guerra, de la larga agonía umbría de la posguerra, y además de las palabras y los hechos, palabra sobre palabra, lo que ocurre es la amistad, y esa se hace en la calle, en la calle y en los bares, y nunca he visto a un solitario tan solicitado y unánime como este hombre que anda solo cuando viene y tiene ahí, ya inservible probablemente, el automóvil que sólo una vez sacó a la calle.